

Gregorio Weinberg, un editor necesario

Gregorio Weinberg, A Necessary Editor

Matías Maggio Ramírez*

Resumen

Recuerdo personal acerca del afecto generado por Gregorio Weinberg. De manera lateral se intenta dar cuenta de la relación entre la literatura de viajes y el estatuto de esa escritura entre los intelectuales del siglo XVIII. Literatura menor que Weinberg se animó a editar.

Palabras clave: memoria; edición; historia natural; literatura de viajes.

Abstract

A personal remembrance of the affection generated by Gregorio Weinberg. In parallel fashion, an account is made of the relationship between travel literature and the statute of such literature among the XVIIIth century intellectuals. The result is the minor literature that Weinberg dared to edit.

Key words: memory; publishing; natural history; travel literature.

Cuando recibí la invitación para participar en este homenaje a la memoria de Don Gregorio me apresuré a aceptar antes que se dieran cuenta del error al sumarme en el índice junto a reconocidos profesionales y académicos de tan amplia trayectoria. Claro que en ese momento no me percaté que tenía una promesa por cumplir. Una de las últimas veces que lo vi fue en su casa del barrio de La Paternal, en Buenos Aires. Al despedirnos en el umbral me pidió que por favor guardara absoluta reserva de todo lo que allí habíamos hablado y principalmente de los volúmenes de su biblioteca. Gregorio era uno con su biblioteca. Por mi palabra empeñada, seré breve.

A los hermanos Weinberg los conocí hace diez años en la Librería Hernández. Esa tarde me preguntó el gerente si conocía al ex director de la

* Ensayista. <matiasmaggio@yahoo.com.ar>

Biblioteca Nacional ya que se encontraba en el salón de ventas. En mi ignorancia más campechana nos presentaron y Gregorio dijo:

–Mire, yo soy el malo y él –señalando a Félix– es el bueno, ¿qué tiene para recomendarnos?

Lo primero que tuve a mano fue una edición mexicana de *El otro mundo* de Cyrano de Bergerac. Comencé a recitar parte de prólogo que había leído hacía unos días y un par de notas al pie como para darme aires de erudición dieciochesca. Los Weinberg se miraron cómplices hasta que Gregorio me interrumpió, me palmeó mi hombro, bah... me lo dislocó, y con una leve sonrisa me preguntó si había leído *Dos utopías argentinas*. El autor de esa obra es su hermano y por las dudas se encargó de avisarme que era el responsable de un clásico como ningún Weinberg había escrito, *El salón literario*. A Gregorio no le gustaba hablar de sí mismo, por lo que tiempo después me enteré que él había sido el editor de esas obras. Querer saber algo de él por su boca era casi imposible. Para lograrlo había que echar mano a una red de informantes que casi a escondidas íbamos cambiando sus anécdotas como si fueran figuritas. La discreción, el silencio y la paciencia de Gregorio eran proverbiales.

Lector voraz

Todo editor primero es un lector y Gregorio lo era de niño. En Guardia Escolta, Santiago del Estero, Gregorio pasó su primera infancia no exenta de la tradicional siesta. Una tarde –comenta su hija Liliana en *Del tiempo y de las ideas–*, a la hora de la siesta se quedó dormido bajo un árbol mientras leía *La cabaña del tío Tom*. Cuando despertó alguien le había robado el libro que no pudo terminar de leer. En 1982 la Comisión Permanente por la Libertad de Expresión lo invitó a Gregorio a unas jornadas para hablar de la censura y el libro. En su exposición, tan erudita como de costumbre, comentó que “el zar Nicolás I en 1852 prohibió la “peligrosa” lectura de *La cabaña del tío Tom ...*”. Desde niño ya le gustaban los retos. Cuando le recordé que igual que su padre había desafiado al zar, toda la humanidad de Gregorio se rió.

Así como en las marquillas de cigarrillos aparece la leyenda que dice “Fumar es perjudicial para la salud”, como librero suelo advertir a mis clientes de los peligros que afrontan al comprar un libro. Ya que mi intención no es terminar en el infierno como el librero de *Los sueños* de Don Francisco de Quevedo, le comenté a Gregorio en una de sus visitas que en 1795, un colega suizo alemán, en Berna había descubierto que leer producía: “Propensión a los enfriamientos, dolores de cabeza, debilidad ocular, calenturas, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, enfermedades pulmonares, indigestión, oclusión intestinal, trastornos nerviosos, migrañas, epilepsia, hipocondría y melancolía”. Gregorio, entre risas prometió consultarlo con su médico en la Fundación Favaloro.

La única manera de poder recomendarle un libro a Gregorio que no conociera era ir directo a la mesa de novedades, donde los libros aún chorrean tinta. Claro que esa estrategia podía fallar. Cuando me acerqué una vez con la edición de los diarios de Flora Tristán que acababan de llegar con una faja que prometía ser la primera vez que se editaban, Gregorio ya los había comentado en el diario *La Nación* 40 años antes. Otra vez le mostré una traducción de un libro sobre la ilustración en España. Ya había reseñado la primera edición en inglés cuando yo no había nacido.

Una de las tantas sugerencias de lectura de Gregorio fue la divertidísima obra de José Cadalso, *Eruditos a la violeta*. Allí se recomienda para cada día de la semana las frases que hay que decir sobre tal o cual tema o autor en las tertulias. Todavía lo recuerdo tan sonriente hablando de Cadalso para convencerme que lo leyera. Fue la única vez que me hizo una sugerencia de lectura con una sonrisa y no en uso del imperativo.

Editor

Al editar Gregorio Weinberg *Crónicas del Buenos Aires colonial* no sólo recuperó el texto de José Torre Revello sino que también sumó, para sorpresa de los lectores, dibujos e iniciales ilustradas realizadas por el propio autor. El libro, editado en la colección Nueva Dimensión Argentina bajo el sello Taurus, se cuidó en todos sus detalles, por ejemplo al levantarse las erratas que el autor había

encontrado en la primera edición, así como la incorporación de una presentación necesaria de Torre Revello ya que durante años no se encontraba en las librerías del país ninguna de sus investigaciones. “Es un libro necesario”, solía decir Weinberg a la hora de comentar los planes editoriales para su colección. En esa categoría incluyó entre otros títulos, *La Pampa* de Alfredo Ebelot, *Viaje a caballo por las provincias argentinas* de William Mac Cann, *Una narración fiel de peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris* narrada por él mismo y *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)* que se encontraba firmada por “Un inglés” que a Gregorio y a Félix Weinberg más de una vez les sacó el sueño al realizar pesquisas que terminarían en bibliotecas de Brasil a fin de intentar dar con la identidad, aún oculta, del viajero inglés. Un libro era necesario no por sus futuras ventas sino para una intervención política cultural y así instalar una mirada audaz a un viejo problema, actualizar un debate, darle fuentes históricas a una discusión pero principalmente para poner en contacto, dar a la luz textos que se encontraban olvidados de las bibliografías académicas actuales. También necesario para los lectores no académicos pero interesados en la historia argentina y latinoamericana, razón por la que la obra editada era cuidada en todos los detalles para que no fuera oscura ni esotérica. La inclusión de prólogos realizados por especialistas en la materia era una marca de agua en cualquier libro producido bajo la égida de Gregorio Weinberg. La colección, que con bríos y furor juvenil dirigía, habría contado en el futuro con otro “libro necesario” para la historia de la cultura escrita en latinoamérica, como lo es *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, cuya primera edición de 1940 por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires sólo tuvo una reimpresión por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, en 1991.

Torre Revello (pp. CXCI), en el apetitoso apéndice documental, recupera un oficio librado por D. Francisco Antonio Cabello y Mesa a principios del siglo XIX cuando procuraba la aprobación de su fallida Sociedad Patriótico Literaria y Económica por parte del Ministro de Estado y de Hacienda de Indias.

Como en todo País me he propuesto vivir no como Viajero, destinado solamente a disfrutar de las diversiones, y brillanteces, sino como un honrado Estudiante dedicado a aprender, y en la parte que pueda hacerme útil:

luego que arribé a esta Ciudad, desde la de Lima, y como el peligro de nuestros mares (infestados de Buques de Guerra, y Corsarios Enemigos) no me permitió proseguir mi viaje a España [...] emprendí la laboriosa benéfica tarea de establecer una Sociedad Patriótico-literaria [...]

Amén del particular uso de las mayúsculas, el manuscrito de Cabello y Mesa pone un especial interés en el par opuesto Viajero-Estudiante. No obstante, tiempo después en el *Telégrafo Mercantil* el propio Cabello y Mesa incorporará textos de los viajeros y naturalistas Félix de Azara y Tadeo Hanke. El viajero, por oposición al erudito que se encierra en la esfera de su estante de libros, como escribió Hipólito Vieytes, es un mentiroso e ignorante. El viajero era rotulado por el abate Raynal, cuya obra tuvo amplia circulación en la América colonial, como un ser monstruoso. Ottmar Ette, en “La vuelta al universo en nuestro piso: Lectores y lecturas en la *Histoire des deux Indes*” publicado en el libro *Del tiempo y de las ideas* en homenaje a los 80 años de Weinberg en el 2000, cita el tomo XIX, donde el estigma del viajero se centra en su nomadismo que, desprovisto de una red social que lo contenga, se diferencia de la vida sedentaria a la que considera la única favorable para la población ya que:

Las expediciones de largo recorrido han dado origen a una nueva especie de salvajes nómadas. Me estoy refiriendo a esos hombres que recorren tantos países que terminan por no pertenecer a ninguno: que toman mujeres donde las encuentran y no las toman más que por una necesidad animal; de esos anfibios que viven en la superficie de las aguas, que no descienden a tierras más que por un momento: para quienes todo lugar habitado es igual; que en realidad no tienen ni padre ni madre ni hijos ni hermanos ni amigos ni conciudadanos; en quienes los lazos más dulces y más sagrados se han cortado; que dejan su país sin remordimientos; y que no vuelven más que con la impaciencia de salir; a quienes la costumbre de un elemento terrible da un carácter feroz. Su probidad no es a prueba del paso de la línea; y no adquieren riquezas sino a cambio de su virtud y su salud.

Fray Anselmo Velarde en sus encendidos escritos publicados en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* de Vieytes escribía: “[Los extranjeros] fingen con descaro para llenar con patrañas el vacío de sus defectuosos conocimientos. Raynal divierte”. Quién también padecía los avatares del desprestigio a las narraciones de viaje era L.A. de Bougainville tal como lo demuestra su escritura:

Soy Viajero y Marino, esto es, un mentiroso y un imbécil a los ojos de esta clase de escritores perezosos y soberbios que a la sombra de su Gabinete filosofan a vista de pájaro sobre el Mundo y sus habitantes y someten imperiosamente la Naturaleza a sus investigaciones. Proceder raro e inconcebible de parte de unas gentes que no habiendo observado cosa alguna por sí mismos, no escriben, ni dogmatizan, sino siguiendo observaciones prestadas de los propios Viajeros a quienes niegan la facilidad de ver y pensar.

Gregorio Weinberg, en sus diferentes proyectos editoriales, amplió la serie de relatos de viajes que se conocían sobre el territorio argentino y los puso en contacto con el surgimiento de la ciencia y la historia natural en el país. Las expediciones científicas de Malaspina, von Humboldt y la de Félix de Azara no le eran para nada desconocidas. De hecho en la entrevista que le realizara para la revista *Páginas de Guarda* n° 2, Fernando Esteves Fros, el profesor Weinberg recordaba:

En el catálogo figura, de Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*. Ese libro contiene dos obras: la de los cuadrúpedos y la de los pájaros. En esa época no se fotocopiaba. Yo mandé a una empleada a copiar el libro a mano, al Museo de Ciencias Naturales de la avenida Ángel Gallardo. Se copió el libro a mano, se pasó a máquina. Después, hablé con un naturalista y le dije que, para presentarlo, teníamos que ponerle entre paréntesis el nombre científico actual y el vulgar. Se lo llevó el naturalista, hizo el trabajo y se lo pasó a Julio César González, que era un especialista en Azara y me iba a hacer el prólogo. Murió González y nunca apareció el libro. Desapareció, se perdió, los herederos no sabían nada. ¿Se da cuenta del trabajo de copiarlo, pasarlo a máquina?

Weinberg, era un lector voraz y generoso. En los márgenes, gracias a su erudición y olfato pudo publicar en diferentes sellos editoriales desde Antonio Gramsci hasta la literatura de viaje y las expediciones de naturalistas, pasando por Roberto Arlt con sus aguafuertes así como con los *Cuentos de la Selva* de Horacio Quiroga, que inexplicablemente estaban agotados; encontró aquello por fuera del canon, que en su momento no tenía lugar en los catálogos editoriales. Audaz y desafiante, no temió enfrentarse con esos seres monstruosos, viajeros y marginados como los autores de sainetes, en las orillas de la literatura. Weinberg actuaba como un naturalista del siglo XVIII: coleccionó lecturas, las clasificó para luego darlas a conocer. Así como el viajero se sentía atraído por lo exótico, particularmente por debajo de la línea del Ecuador como detalla Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo*, Weinberg recuperó con mirada atenta sobre la textura de la selva de signos aquellas obras que consideró imprescindibles para avivar la hoguera del campo intelectual latinoamericano. Su labor como editor y los ecos de sus intervenciones culturales aún resuenan y quedan por ser estudiadas. Gregorio, entre tantas cosas, era un editor necesario y un amigo, fuente de toda sabiduría, que se extraña.

Como editor cultivaba el respeto por el lector, poco usual actualmente. Cada uno de los libros que editaba se encontraba prologado por un especialista en el tema, el autor y la problemática que se abordaba. Puesta a punto del lector para empezar o continuar el debate. Gregorio, con espíritu sarmientino, apostaba a la lectura pero más aún al lector. Al igual que Beatriz Sarlo, no le negaba al lector las habilidades del cazador furtivo de Michel de Certeau, siempre y cuando tuviera una base para diagramar sus recorridos, para tejer un mapa nocturno hilvanando estrellas en la oscuridad. Esa base estaba en la escuela.

Maestro

Gregorio era el único profesor universitario que conozco que aún fuera de los claustros seguía la producción de sus ex alumnos. Bastaba que se anunciara en *La Nación* un nuevo libro de alguno de ellos o de profesores que estuvieron bajo su égida para ir a buscarlos a la librería. Con una gran memoria recordaba,

por ejemplo, que una antigua alumna lo sorprendió con un trabajo excelente sobre la educación en las misiones jesuíticas cuando él se esperaba un texto sobre pedagogía de la liberación.

Pocos fueron los encuentros que tuvimos que no me preguntara qué estaba escribiendo o cómo iba con mi tesis. Una vez que la terminé, la defendí y salí airoso esperé con ansias contarle a Gregorio. Su respuesta fue lacónica:

–Muy bien, lo felicito. ¿Qué está escribiendo ahora?

Su biblioteca

Después de 10 años Gregorio me invitó a conocer su biblioteca. Sabiendo su puntualidad, estuve yendo y viniendo por la calle Remedios de Escalada (por suerte ninguno de los vecinos me confundió con un ladrón), para tocar el timbre en el segundo exacto. Feliz por la puntualidad, por la que me preguntó si tenía parientes británicos, Gregorio abrió la puerta. Una tarde cálida entre libros, plantas y anécdotas que no me dejó grabar porque hacía poco ya lo había entrevistado Estéves. Distendido y casi desconocido me contó de sus viajes, su fervor religioso a Santa Eduvigés, los prólogos de Solar, los libros perdidos hasta que como anochechía llegamos a la sala donde tenía una silla hamaca en el extremo de la mesa. Gregorio, sufría esa tarde de verborrea. Se sentó en la silla y yo en el piso para poder alcanzarle los libros del último estante.

Entre las palabras y las risas nos robaron el tiempo, hasta cerca de las 9:00 de la noche cuando entró su ama de llaves para darle noticias de los mensajes que tenía en el contestador porque ninguno de los dos habíamos escuchado el teléfono entre tanto parloteo.

Es curioso que hoy lo único que recuerdo sin fisuras de esa tarde, tal vez por el poder performativo de la promesa, sea la carcajada, siempre mesurada, de Gregorio. Supongo que él lo sabía y por eso en el umbral, antes de decirme dónde paraba el 109, me hizo jurar silencio como si quisiera que sólo recordara la risa compartida.